

1997

Edgar O'Hara. La Precaución y la vigilancia. La Poesía de Pedro Lastra. Valdivia: Editorial Barba de Palo, 1996.

Marcelo Coddou

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Coddou, Marcelo (Otoño-Primavera 1997) "Edgar O'Hara. La Precaución y la vigilancia. La Poesía de Pedro Lastra. Valdivia: Editorial Barba de Palo, 1996.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 42.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/42>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Edgar O'Hara. *La Precaución y la Vigilancia. La Poesía de Pedro Lastra*. Valdivia: Editorial Barba de Palo, 1996.

La poesía de Pedro Lastra no ha recibido la atención crítica que sus calidades intrínsecas demandan. Quizás en ello ha pesado su actividad como antologador — entre otros títulos suyos, recordamos: *Antología crítica del cuento chileno, Catorce poetas hispanoamericanos de hoy, Julio Cortázar. El escritor y la crítica, Asedios a Oscar Hahn* —, y como estudioso en actitud de rescate, bien provisto de información precisa y lector de ojo agudo para apreciar relaciones intertextuales — según lo revelan sus *Relecturas hispanoamericanas* y sus siempre válidas notas sobre los poetas del 50, en los *Anales de la Universidad de Chile* —, y de ejemplar dialogante con grandes figuras nuestras — *Conversaciones con Enrique Lihn, Señales de ruta de Juan Luis Martínez* —: todo ello ha opacado esta otra dimensión de su escritura, la estrictamente lírica.

Buen sabedor del hecho literario, el mismo Lastra sugiere — en un momento de la entrevista con O'Hara que el libro recoge — las explicaciones posibles de su situación marginal en el espacio de la poesía chilena: la escasez de su obra (se autocalifica como *escritor de palabra restringida, de espaciadas entregas poéticas*), y lo que decíamos, el que se le haya fijado como crítico, a lo que agrega algo importante para entender lo suyo: su (saludable) escepticismo frente al comentario ajeno o la consagración apresurada, lección esta última que dice haber aprendido ante obras como *Selva lírica* — la célebre antología de 1917 — que trae más de 200 nombres, “gente que estuvo en la actualidad, que fue importante en ese momento, y de la que nadie sabía nada 30 ó 40 años después”.

No obstante la propia aceptación de marginalidad de parte del poeta, tenemos la convicción profunda de que ya era hora de que se emprendiera un trabajo serio de análisis de obras poéticas tuyas tan significativas como son *Y éramos inmortales* (1974), *Noticias del extranjero* (1979, 1982, 1992), *Cuaderno de la doble vida* (1984) y *Travel notes* (1993), para no mencionar títulos que el autor prefiera olvidar: *La sangre en alto* (1954) y *Traslado a la mañana* (1959), libros de “la prehistoria de un poeta”, como él mismo pide apreciarlos. Este trabajo crítico es el cumplido, y con gran solvencia, por el también ensayista y poeta, especialista en poesía chilena

contemporánea, profesor de la Universidad de Washington, el peruano Edgar O'Hara. En la bibliografía que acompaña su estudio menciona los trabajos más importantes de quienes le habrían precedido en su empeño, entre otros: Emilio Bejel, García Montoro, Miguel Gomes, Enrique Lihn, Jorge Rodríguez Padrón. Un puñado tan sólo de lectores — fieles lectores — de trabajo meritorio, si bien insuficiente, que el nuevo crítico muestra haber asimilado a cabalidad.

O'Hara organiza apropiadamente su libro: un largo ensayo interpretativo inicial, sugerentemente titulado "De acuerdo a la niebla, las primicias", luego un también extensa entrevista al poeta, fechada en 1994, de título "El poema: caballero inexistente", sacado de Italo Calvino, y un apéndice gráfico ("Mester de cercanía" lo llama), recopilación de cartas dirigidas a Lastra por amigos suyos escritores, todos fallecidos: Teillier, Arguedas, Salazar, Bondy, Lihn, Gullón, Cortázar.

Tres instancias que contribuyen, cada una por su lado, todas en conjunto, a la mejor lectura de una poesía que, más allá de su aparente sencillez expresiva, es fruto de una cuidadosa *vigilancia de la palabra*. Eso es lo que le enseñó uno de sus interdialogantes más frecuentes, Gonzalo Rojas, el poeta de ese único libro que viene escribiendo desde *La miseria del hombre* (1948) a *Río Turbio* (1996); siguiendo ese ejemplo, Lastra viene escribiendo un único libro desde los años 50 hasta el presente, según lo observara Lihn hace mucho y lo constatan otros estudiosos suyos, Gomes, Correa Díaz, y O'Hara se encarga de insistir. Es que, si bien sus afinidades electivas mayores se le han dado a Lastra con Enrique Lihn, Carlos Germán Belli, Oscar Hahn, Jorge Teillier, Alberto Rubio, Armando Uribe — señalo hermandades a las que habría que atender con cuidado —, no cabe duda de que la lección de Rojas le fue decisiva. Hasta el punto de que él mismo reconoce haber aprendido de su viejo amigo y maestro *el rigor poético de la palabra exacta, necesaria*. Y éste es rasgo que O'Hara sabe señalar muy bien en su estudio. A Lastra no le viene exclusivamente, por supuesto, del poeta de *Oscuro*: la lección de *rigor* y de *maestría verbal* la oyó también de Borges, escritor por el que dice tener una *adhesión muy grande*, como reconoce tenerla con José María Arguedas (para críticos despistados quizás autor en las antípodas del argentino), por su capacidad para *encarnar una experiencia* y llegar, así, a un *modo expresivo*. Es la doble dimensión (no contradictoria: complementaria), que signa el discurso lírico de Lastra y que su estudioso logra captar muy bien. Y en este empeño de hallar proximidades, en la línea crítica que al propio Lastra parece mejor satisfacerle, habría que pensar también en Vallejo, como certeramente se encarga de sugerirlo O'Hara, quien habla de *la estirpe vallejana* de algunos versos fundamentales del poeta chileno. Tampoco debería olvidarse a la Mistral, cuya *mejor lección*, según piensa Lastra, se dio en su *invitación a los ejercicios del rigor*.

Pedro Lastra, en la configuración de su discurso lírico, tiene como modalidad de trabajo el *cortar*, el *ajustar*. Es lo que le lleva a volver, en sus propios textos, sobre las *palabras gratuitas*, las relaciones que le parecen — en la relectura —, *arbitrarias, no funcionales* en el poema. De allí que O'Hara acierte grandemente al plantearle, en su entrevista, que a él, el crítico, le parece que a Lastra, el poeta, le preocupa el momento en que descubre que la poesía que está escribiendo deja de ser *testimonio personal* y pasa a ser *testimonio del lenguaje*. Por ese camino orienta O'Hara lo medular de su aproximación a la poesía de Lastra, hasta el punto de titular su libro *La Precaución y la Vigilancia*. Al estudioso le parece que la mejor arma del poeta chileno es la *reticencia*, vale decir, *la precisión verbal*. Algo que ya había visto Lihn, cuando dijo que Pedro Lastra era “verdadero enemigo del más mínimo énfasis”. O'Hara vuelve a acertar cuando piensa que en el proceso de purificación a que se había sometido el lenguaje en la lírica chilena Lastra supo detectar el papel cumplido *por el fuego de la antipoesía*. Vale recordar que un ensayo importante de Lastra es su “Introducción a la poesía de Nicanor Parra”, publicado en la *Revista del Pacífico* en 1968.

Son estudios como éste que hemos someramente reseñado los que le vale leer a quien se interese por rescatar figuras marginales de nuestra literatura. Estudios que, al rigor crítico — información precisa, sustentos teóricos sólidos —, suman un no desmentido propósito de ayudar a completar los trazos de una historia quizás demasiado atenta a los exitismos de mercado.

Una línea última sobre la edición del libro comentado: muy cuidada, de hermosa factura, forma parte de la colección de ensayos — suman ya siete — de la creciente editorial Barba de Palo que en Valdivia dirige, con loable esfuerzo, el poeta Jorge Torres. En esa colección han aparecido obras para las que es deseable amplia circulación, por ejemplo la de Sergio Mansilla sobre la poesía del mismo Torres, y la de éste en que recoge importantes trabajos críticos sobre Carlos Alberto Trujillo. La calidad de todos esos libros nos hace confiar en que la Editorial Barba de Palo continuará dando su aporte decisivo al mejor conocimiento de la obra no sólo de los poetas del sur de Chile, sino, como sucede con éste de O'Hara sobre Lastra, del país total, incluidos los escritores que la crítica establecida se empeña en desconsiderar.

Marcelo Coddou
Drew University